

F. García Pavón

Los liberales



Francisco García Pavón retrata con humor emocionado, en «Los liberales», aspectos insospechados y dulcemente anecdóticos de la «zona republicana» durante la guerra civil española. Novela de los mansos de corazón, de unos liberales que, entre nostalgias, viven el torbellino de la última contienda.

«El liberalismo es, pues, una conducta y, por lo tanto, es mucho más que una política. Y, como tal conducta, no requiere profesiones de fe sino ejercerla, de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir».

GREGORIO MARAÑÓN

(«Ensayos liberales»)

Introducción

La agonía de doña Nati duró diez días. Fue para nosotros un decamerón angustioso. Como no tenía más familia que una sobrina, los vecinos y amigos nos turnábamos en la vela y ayuda. Yo, todavía de pocos años, iba como acompañante de mi madre y posible auxilio al llegar al desenlace.

La última noche de su lucha, mientras los velantes de turno permanecían junto a la moribunda, me quedé solo en el gabinete de doña Nati, sentado sobre la gran banca manchega de vestiduras rojas. Exactamente enfrente del balcón, abierto de par en par por aquel calor prematuro de la primavera de 1939. Estaba al apuntar el día. No llegaba ruido alguno de la calle. La luz del gabinete estaba apagada, pero se traslucía a través de los cristales cromados la claridad del contiguo cuarto de doña Nati y del recibidor, que quedaba a mi izquierda, velado por delgada cortina color de rosa.

Al decir del médico «aquello iba de prisa». Mi madre no consintió en acostarse aquella noche y yo decidí acompañarla.

Me encontraba desvelado y mi imaginación revivía episodios y recuerdos de aquella vida que estaba para concluir.

Desde niño —ya empezaba a querer afeitarme—, doña Nati fue un personaje importantísimo para mi sensibilidad, para mi imaginero. Su figura truncada de coja casi gigante; sus ideas y conversaciones; su afecto, entre severo y tierno, hacia cuantos la rodeábamos, me obsesionaron siempre... Me obsesionan todavía. Tanto, que al cabo de tantos años,

este libro, conjunto de historias de su vida, de la vida de los míos y de la mía propia en sus primeras singladuras, se me ha venido de las mentes a la pluma casi sin sentir.

... Todavía, en aquella su última hora, con la muerte en la boca, estaba allí, al otro lado de la puerta con papeles pintados —rombos amarillos, verdes y rojos— con toda su personalidad erguida... No en lucha con la muerte, sino llamándola, tirando de ella con todas sus ansias.

Blanco su cabello, blanco su camisón de dormir; y con su rostro moreno, casi negro por la congestión, la había visto momentos antes agarrarse con ambas manos a lo más alto del cabecero de su cama altísima para favorecer, con un esfuerzo suicida, la arribada de la muerte. Cuando mamá y las otras personas querían impedirselo, ella, con palabras que astillaban sus dientes enclavijados, gritaba sordamente:

—Dejadme, dejadme, por piedad.

Al cabo de un poco, rendida por el esfuerzo, y atenazada por el dolor de la gangrena que le tenía totalmente desgarrada su única pierna, se dejaba caer sobre la almohada y sudorosa, respiraba con fatiga... Pero al rato, súbitamente despabilada, volvía a levantar los brazos hasta la barra del cabecero y erguía su corpachón procurando que el esfuerzo —el médico le prohibió absolutamente todo movimiento— rompiese cuanto antes las débiles cuerdas que la amarraban a la vida.

* * *

Enfrente de mí, en el gabinete, pegadas al balcón, estaba la mesa-camilla con tapete de terciopelo rojo y la gran butaca de mimbre con almohadones. Faltaban las muletas, siempre apoyadas a la izquierda de la butaca —entre ésta y el balcón— y la campanilla de plata con que solía llamar a Isabel —un campanillazo— y a Pedro —dos. Con las muletas hizo su último viaje a la cama. Y la campanilla estaba

ahora sobre la mesilla de noche, junto al verdó y los frascos de específicos.

En torno a aquella mesa me senté mil veces con mamá y otras amigas para hacer tertulias interminables a doña Nati en las veladas del invierno. Ahora, en la penumbra, podía imaginármela, si quería, sentada en su butaca, leyendo «El Liberal» a la luz recogida de una pantalla. Severo el gesto, y caladas las gafas de plata... O dirigiéndose olímpica —imagen frecuente en su oratoria doméstica— evocando a Castelar, a Sagasta o a «tu buen tío Vicente cuando fue alcalde en la primera República y en la Revolución del 68». Otras veces sonreía tierna, entornando sus claros ojos al referir pequeñas y antiguas historias del pueblo o al recordar a su amado sobrino, el militar, casi siempre ausente.

Se expresaba de manera tan redicha y bien pronunciada, con vocabulario tan desacostumbrado entre señoras del pueblo, que junto a la inflexibilidad de su tono y gesto, eran muy pocos los que se atrevían a replicarle.

A ella le oí por primera vez que la etiqueta política de cada cual, con frecuencia no es fruto de ideas y meditaciones, sino de humores, de glándulas. Y añadía: «Nosotros los liberales, que no queremos sojuzgar a nadie ni que nadie nos sojuzgue, somos los sanos, o al menos los de una conformación mental y humoral más de acuerdo con la naturaleza sana. Todas las personas inteligentes —añadía rotunda— somos liberales».

Al abuelo y a ella sí que daba gusto oírles. Eran igualitos. Pude comprobarlo cuando llegó la guerra. Ambos repudiaban por igual, no ya el menor desmán, sino la más mínima imposición estatal, viniere de quien viniere. Los dos tenían el mismo mal genio y la misma dulzura de corazón... Venían de otro mundo, no sé si más antiguo o más moderno, pero preñado de ingenuidad, de candor, de un fanático respeto por el semejante a la hora de personalizar. Seres extasiados ante la maravilla de vivir, ante el milagro del

ser humano, del amor, de la inteligencia, del rasgo individual.

La verdad es que al abuelo le gustaba mucho hablar de doña Nati. Él y Lillo se acercaban a la mesa-camilla algunas tardes, si no había mujeres. Pero como el abuelo, sobre todo por el día, siempre tenía prisa, cuando pasaba por nuestra calle procuraba no hacerlo por la acera de enfrente de la casa de Natividad, porque ésta, que se aburría muchísimo, al verlo entreabría el balcón y lo llamaba:

—Luís, Luís, sube un momento.

Si por descuido lo cazaba, llegaba a casa lamentándose:

—Me cogió Natividad y ¡adiós mañana! Todo se ha quedado por hacer.

—Ya te habrás puesto tú a tiro —refunfuñaba la abuela, que era beatísima y poco simpatizante con doña Nati.

* * *

Se abrió la puerta de la alcoba. Salió Isabel con una bacini-lla muy tapada. Cruzó el gabinete sin decirme nada. Inmediatamente apareció mi madre. Se sentó junto a mí. Estaba muy pálida, como mareada.

—¿Qué te pasa? —le dije.

—Nada.

—Debías echarte un rato. Estás enferma.

—Deja. Desgraciadamente falta poco.

Isabel volvió a cruzar hacia el cuarto.

—Isabel, deje usted abierta esa puerta que se ventile un poco la alcoba.

—Sí, señora.

—¿Te has mareado, verdad?

Me pasó la mano por la frente.

—... Un poco.

Me miró sonriendo a medias, con aquellos sus enormes ojos claros, sin igual para mí. Sin igual para siempre, siempre, siempre.

Nació para sufrir y en el sufrimiento encontró la justificación de su vida. Nosotros, sus hijos, fuimos el consuelo que la compensó de todo.

—¡Qué mujer! —dijo casi suspirando.

Mi madre tuvo siempre veneración por doña Nati. Admiraba su fortaleza entre tantas desgracias como acosaron su vida. Comparando mamá su historia con la tristísima de doña Nati, casi se creía una elegida. Y gozaba oyendo sus disquisiciones y posiciones siempre tan redondas y diáfanas. Doña Nati, a su vez, le dedicaba, los que en su boca eran los mejores elogios: «Tu madre —me decía— es la más liberal del mundo porque todo lo comprende y perdona. Tiene el liberalismo de aquellos cristianos de verdad, los de las catacumbas, que amaban hasta al león que los desgarraba... Y cree, en esto se pasa, que todas las ideas son respetabilísimas».

Luego de pensar un rato, mi madre me puso las manos sobre el hombro:

—No sé qué voy a hacer sin Natividad. Después de mi madre, ella me aconsejó en los momentos difíciles. Su casa, una silla junto a su mesa, tuve siempre en las horas de aburrimiento, de desconsuelo, de soledad... Y su «carrillo» para salir al campo.

El «carrillo». Aquella noche, cuando después de cenar, subía al piso de doña Nati para seguir la vela, lo vi en el porche, descansando sobre las lanzas, en la semioscuridad. «Ya no te montará más doña Nati —pensé—, ¿dónde irás a parar?»... Y el macho «Lucero» estaría en la cuadra impaciente con tan largo reposo.

—Mamá ¿por qué no nos quedamos con el carrillo de doña Nati? Se lo compramos a quien lo herede.

—Estaba hecho sólo para ella. Además sería muy triste...

Recordé al macho «Lucero», tan viejo, tan lento. De verdad que estaba bien para ser arreado por la pobre inválida, pero ridículo para nosotros.

—Mamá; ¿te imaginas conduciendo el carrillo?

Sonrió sin ganas.

—... Y cantando a la vuelta de las excursiones como ella:

*Corre mulilla torda
campanillera,
corre ligera
que al cielo vas.*

Mi madre sonrió ahora con más ganas. Casi se le saltaron las lágrimas, porque yo, cuando doña Nati movida de un optimismo imposible cantaba aquello al macho casi inmóvil, por lo bajo, me burlaba de ella.

—¿De qué te burlas, tontón? —me decía doña Nati sin dejar de mirar al camino—. ¿De que le digo que corra a este pobre, viejo y querido Lucero?... Pues él lo entiende... y mueve las orejas.

Y volvía a cantar más fuerte entre las risas de cuantos la acompañábamos.

Yo, como mi madre, también me sentía emocionado, entonces como ahora, recordando aquellas ingenuas excursiones, que habrá ocasión de detallar.

Un día, Pepa, nuestra criada de la Puerta del Segura, la que se casó con el ruso, animada por mis burlas, aunque era tan discreta, aprovechando la oscuridad de la noche, se puso a cantar a toda voz dándole una manotada al macho en el anca y sin duda impacientísima porque no acabábamos de llegar:

*Mi jaca,
que rompe y corta el viento
cuando cruza por el puerto
caminito de Jerez.*

—¡Insolente! —grito doña Nati—; ni rompe ni corta el viento, pero bien que te lleva a que te esparzas.

—Yo le pido perdón doña Nati. Era una *bromiya*.

—Calla. Ya lo sé que era una *bromiya*, pero más me duele que se burlen de mi Lucero que de todos mis muertos.

* * *

Llegó don Tomás el médico, vestido de comandante del ejército republicano. Estaba en el pueblo pasando unos días de permiso y venía cada dos o tres horas a visitar a doña Nati.

Apenas sin saludar, preguntó a mamá:

—¿Qué tal está?

—Igual. Procurando acelerarse la muerte.

—Ya...

—¿Cómo viene usted tan temprano?

—No he dormido... Me han avisado para que me reincorpore en seguida, pero me parece que ya todo es inútil... Esto se acaba, como doña Nati.

Nada dijimos. Él quedó en silencio también, mirándose las puntas brillantes de las botas. Por fin preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Creo que sí.

Mamá se levantó y pasó delante. Volví a quedarme solo. Se oían los primeros pájaros y el cielo se esclarecía.

* * *

Enfrente de mí, junto al balcón, estaba colgado el retrato del único y queridísimo sobrino que fue de doña Nati: «mi Paco» como ella le llamaba. Tal vez miré hacia él por asociación de ideas. También fue militar de carrera. Creo que comandante de ingenieros. Allí estaba frente a mí con su candorosa sonrisa un poco estereotipada. Él fue la última

alegría y definitiva tristeza de doña Nati. En época de paz, cuando le daban permiso, lo pasaba en mi pueblo con doña Nati, su única familia. Vestido de paisano, con un *canottier* de anchísimo lazo negro, paseaba por las calles del pueblo con un cierto aire de melancolía y dejadez. Su rostro dulce siempre parecía sonreír. A la caída de la tarde solía sentarse en la terraza del casino ante una cerveza y un gran plato de patatas fritas. Cuando salía de casa de doña Nati, ésta abría el balcón y sin poderse mover de la butaca, asomaba el busto al balcón cuanto podía. «Mi Paco» se volvía un par de veces y la saludaba con la mano o levantándose brevemente el *canottier*.

—Que no tardes, Paco.

Si doña Nati volvía de su paseo con el carrillo y él estaba, como dijimos en la terraza del casino, paraba lo más cerca que podía. El comandante, al verla, invariablemente tomaba el vaso de cerveza y el plato de las patatillas y se acercaba al carrillo a obsequiar a la tía y a la compañía. Alguna vez se armó gran juerga allí mismo. «Mi Paco» hacía traer más cervezas y patatillas e invitaba a todos los del carrillo. El camarero apoyaba la bandeja en las ancas del macho y desde allí servía al interior.

Doña Nati gozaba mucho con aquellas atenciones de su sobrino y alzando el vaso de cerveza y relamiéndose decía:

—Qué fresquita está, Paco, qué fresquita.

Ante aquel jolgorio el macho volvía la cabeza, filósofo, para ver qué se trataba sobre sus cuartos.

—Lucero no sufras, que tú también tendrás ración cuando lleguemos a casa.

Acabada la colación arreaba el carrillo y añadía:

—No tardes, Paco... no tardes.

Y Paco saludaba alzando mucho el sombrero.

A las pocas semanas de comenzada nuestra guerra «Mi Paco» murió de manera que nunca se aclaró del todo.

¡¡¡Mi Paco!!! —recordaba yo perfectamente aquel grito desgarrador de doña Nati, cuando llegó la noticia de su

muerte. Aquella torre de mujer se dobló para siempre. Parece que la veo de bruceos sobre la mesa camilla, contraído el gesto por el dolor. Las lágrimas caían sobre el tapete de terciopelo rojo. Con ambos puños golpeaba sobre la mesa. ¡¡¡Mi Paco!!!

Desde entonces fue otra. Pasaba sus muchas horas de soledad mirando aquel retrato, llorando sin consuelo, como un niño gigante... «¡¡¡Mi Paco!!!». Con su asombrosa fuerza de voluntad lograba sobreponerse a ratos, pero era inútil, la sombra del ala del murciélago velaba la clara pupila de sus ojos. Pronto aquel dolor moral empalmó con su renovado dolor físico. Y al cabo de todo llegaría aquella misma mañana, antes que mamá volviese a salir de la alcoba.

* * *

Empezaron a llegar los íntimos: «los dos amigos», es decir, mi abuelo y Lillo; Plinio, el ex jefe de la Guardia Municipal y tantos otros que poco a poco irán asomando su perfil en las páginas que siguen.

I. Aquí, para hacer boca de sus muchas presencias a lo largo de este libro, se esboza la historia de «los dos amigos»

Cuando volvían del casino a la hora de cenar, para ellos muy temprana, se paraban en la puerta del abuelo un buen rato. Recuerdo perfectamente sus sombras larguiruchas proyectadas sobre la acera de cemento. Generalmente en esta despedida de la jornada echaban el último cigarro. Y lo echaban como ellos sabían, dándole mucho copero y parsimonia, concediendo a cada cigarro la importancia que debe tener.

—Si en el otro mundo dejasen fumar y tomar un vaso de vino de cuando en cuando, la cosa sería más llevadera — solía decir Lillo.

El abuelo siempre respondía lo mismo:

—Tú, espérate, que a lo mejor dejan.

—Cuando tú lo dices, Luis, algo habrá. Porque eso de dejar a un hombre tantos años quedo, sin pito ni gota, es demasiado.

Siempre concluían estas bromas diciendo que le iban a consultar al cura, don Eliseo, que era primo del abuelo.

—Tu primo, que es un santo, tiene que saber lo que pasa allí de verdad.

Cuando coincidían con don Eliseo en algún ágape de bautizo o boda, desde hacía qué sé yo cuántos años, le iban con la misma pregunta:

Y don Eliseo se sonreía y decía:

—A lo mejor, porque ninguna de esas dos cosas es mala.

—¿No te decía yo, Luis?

Con el tiempo se hizo famosa en el pueblo esta tesis ultramundana de los dos amigos, y a su tenor había quienes aseguraban haber oído en el cementerio destoserse a los muertos fumadores.

* * *

Desde tiempo inmemorial, Lillo, cuando cerraba su carretería, antes de irse a comer pasaba un rato por la fábrica del abuelo. Si hacía calor los dos amigos se bajaban a la cueva y allí se bebían un par de vasos de vino con sifón. A lo mejor Lillo se traía en el bolsillo, envuelto en papel grasiento unas rodajas de chorizo, algo de queso o una loncha de jamón.

—Ya verás qué chorizo más rico traigo hoy, Luis.

—Vamos a verlo.

Desde la puerta de la cueva se les oía allá abajo chacharear. Luego, en la fresca oscuridad de la hondura, se veían moverse las lumbrecillas de los cigarros. A eso de la una subían los dos la pina escalera despaciosamente, y se paraban riéndose de cosas antiguas que recordaban. Cosas de sus tiempos, de gentes ya muertas, de casas derribadas, de caballos muertos o de mujeres que fueron mozas hacía muchos años.

* * *

Por la tarde, cuando llegaba Lillo para después marcharse al casino, el abuelo solía estar regando el jardín con un sifón de goma negra. Para entrar en el jardín, rodeado de una cerca de alambra y madera y con techo así como japonés, Lillo, que era tan alto, tenía que combarse para pa-

sar por la puertecilla. Pero antes de entrar se quedaba un rato con la abuela, que estaba cosiendo en el patio «a lo fresquito». Y Lillo le hablaba de su mujer que estaba parálitica o de la carne tan tierna que había comprado aquella mañana en la plaza.

—¿Has visto cómo se ha puesto de hermoso el rosal amarillo que me traje de Valencia, Lillo? —le preguntaba el abuelo, oculto por la hiedra que tapizaba la alambreira del jardín.

—Una hermosura, sí señor.

—¿Y las palmeras enanas?

—Ya, ya, enanas. Están como unas mozas.

Callaba el abuelo y Lillo reanudaba su cháchara con la abuela, que siempre se quejaba de todo.

En primavera muchas señoras amigas de la casa iban para que el abuelo les diese flores. Él lo pasaba muy bien escogiendo las más hermosas y componiendo los ramos armónicamente: «Éste para doña Lola. Éste para doña Concepción».

Así que el abuelo terminaba de regar el jardín, si tenían ganas, se iban al casino que entonces se llamaba el «Círculo Liberal» y si no, se sentaban en el patio fresquito, y hacían una pipirrana, que se tomaban con vino tinto y pan tierno.

En el entremedio de la merienda, cuando estaban en pleno apetito, Lillo solía decir aquello de:

*¡Ay!, pan caliente
y vino fuerte
mi muerte.*

Y cuando acababan y quedaban bien llenos:

—En fin, Luis, que sea lo que Dios quiera.

* * *